

Sin fondo de armario está condenado a vagar por la Liga

SERGIO ANTONIO ÁVILA

En Granada, que recibe siempre al Caja por Navidad, se reprodujeron con la fidelidad de un guión propio de una teleserie estadounidense los acontecimientos vividos (y sufridos) tantas veces. En esta ocasión, empero, cambió el final, que fue dramático, a tenor de cómo se desarrolló el litigio, para la tropa de Magnano, derrengada por un partido agotador, con prórroga de nuevo, que destapó su personalidad bipolar y, lo que es peor, convierte al Caja en un conjunto abonado a perder a domicilio. Si sirve al menos de consuelo, por aquello de mirar siempre el lado positivo de la derrota, que lo tiene, el equipo estará en el camino de revertir esa perniciosa tendencia lejos de San Pablo si en las próximas comparecencias logra comportarse en la pista con los modales que demostró en el primer y el último cuarto. De lo contrario...

Esta condición sine qua non, una excusa con la que tapar desilusiones de una mañana taquicárdica de domingo, suena añeja, pero no por ello deja de ajustarse con cierta precisión al diagnóstico de un equipo, el cajista, tendente a precipitarse al abismo tal y como le sucedió entremedias de la plenitud que alcanzó en el primer parcial y la resurrección que protagonizó en el último.

A su juego le falta continuidad, lo que es tanto como decir, si se toma como referencia el choque de ayer, que el Cajasol tiene un grave problema de rotación o de elementos útiles en el banquillo que aguanten el tipo, den minutos de calidad a los titulares o sean capaces, sólo eso, de mantener el ritmo. Es lo mínimo que se requiere.

Al margen de los desperfectos que agrietan su estructura de equipo, tales como la incapacidad para cerrar el rebote defensivo (la gran lacra del tercer parcial, con Page rebañando todos los balones en la cara de Kakiouzis, Bueno y Betts), la vaporosa defensa exterior o el mal balance defensivo en determinadas fases del encuentro, hay que advertir que al Caja se le fundieron los plomos, hasta vulgarizarse en extremo, cuando Magnano decidió de una tacada, justo al inicio del segundo parcial, dar respiro al solvente y fiable «cinco» titular.

Hasta ese momento se había defendido el Caja como gato panza arriba bajo el tablero, y en ataque, de la mano de Ellis, Miso y Kakiouzis, había encontrado soluciones tanto en el poste bajo, con un Betts incomensurable (se fue a doce puntos, rascó faltas a todos sus pares y logró dos canastas tras reverso con el aliento de Borchardt en la nuca) como en el perímetro, con la dinamita habitual: con Miles de metrónomo y Miso omnipresente, un primor, Ellis sacó dos veces a pasear su fusil y el Caja manejó cómodas rentas hasta la irrupción de Gianella, es decir, durante escaso tiempo. ¿Fue un espejismo esa solvente versión de los sevillanos? Eso pareció durante muchos minutos.

El Caja, aplatanado

El encuentro se desmadejó en el segundo cuarto. Alterados los biorritmos del cuadro nazarí una vez que entre Pecile y Gianella se hicieron con el timonel, el Cajasol se desactivó. Fue todo en uno. Y más que decir que la solvencia anotadora de ese binomio tuvo un efecto negativo que desarmó al Caja tanto en ataque como en defensa, más adecuado sería señalar en el análisis a posteriori, vista la capacidad de reacción de la que hizo acopio el equipo en el parcial definitivo, que esa desfiguración se debió a la incompetencia de la gente de banquillo. Por ejemplo, Bueno y De Miguel se cargaron de personales muy pronto entre su torpeza y el voluble criterio arbitral. Y si a ese lastre, definitivo en los siguientes minutos, se le añade que abusó de balones interiores a Bueno (o el capitán se centra o sólo es una rémora para el equipo) o de los perimetrales a Carroll para que el especialista abusara del triple tras bloqueo (de Ignerski mejor no hablar...), puede comprenderse por qué el Granada, desde la administración más coherente de sus elementos, se plantó en los 15 puntos de ventaja (55-40) tras triple de Page a mediados del tercer parcial. El encuentro se encaminaba, en esa fase de absoluto desbarajuste visitante (con la defensa descosida, sin referentes ofensivos y Ellis extrayendo petróleo de jugadas

individuales), hacia la capitulación cajista cuando, hete aquí, el panorama, brumoso, se despejó.

Miso, de magisterio

La remontada fue alucinante. La inició Miles en un soliloquio de penetraciones y la obró Kakiouzis con un triple frontal (58-58) a seis minutos y medio del final. ¿Qué propició ese cambio tan radical? Pues, pájara aparte del Granada, el Caja, con un quinteto estabilizado (Magnano aguantó con Miles, Ellis, Miso, Kakiouzis y Betts para el último parcial y la prórroga), se aprestó a bajar el centro de gravedad en defensa y en ataque, al apogeo de Pecile, un martillo pilón, talento y raza italianas ingobernables, le dio réplica Miso. Su actuación fue magistral. Con 24 años y cuatro partidos con el Cajasol se cosió los galones al pecho, regaló asistencias, dibujó penetraciones, compartió la dirección con Miles y se jugó la bola caliente, un aclarado para el empate a 70. Sobresaliente.

En la prórroga, la ausencia de Borchardt fue ventaja insuficiente. Faltó pericia y sobraron errores. Con cuatro abajo (79-75), Miso falló el segundo tiro libre, Kakiouzis capturó el rebote y en lugar de invertir el balón para un triple se jugó un tiro de tres metros. Agua. Antes de ese lance, los árbitros colaboraron con la causa local (por última vez) al regalarle una personal en defensa a Ellis que fue ataque (de libro) de Pecile. Novena derrota. Toca centrarse en el averno de la tabla. Es lo que hay. De momento...